

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 3

**EL VALLE DEL MISTERIO**



*—¿Cómo que has hecho de tu víctima?*

# EL VALLE DEL MISTERIO

(Novela cinematográfica inspirada en la película del mismo título)

## SELECCIONES CINÉAS

I

**E**stás muy cansado, Pedrin?  
—¡Mucho, querido tío Carlos!

—Te llevaré a cuestas el resto del camino!—propuso el arrogante y guapo mozo que, acompañado aquella mañana por un muchacho de doce años, caminaba por un escabroso sendero, debajo del cual se extendía un valle de aspecto inhóspito y siniestro.

Mercedadmente se le llamaba el Valle del Misterio, no ya sólo por su apariencia salvaje y terrible, sino por las horrendas cosas que de él se referían.

Otro hombre menos intrépido que Carlos Masters, nuestro viajero, de corazón menos templado y valiente para los peligros, a buen seguro que se habría abstenido de visitar tan lúgubre paraje.

¡Cuántos, como él, habían hollado con su planta aquellos escabrosos y abruptos senderos, con el alma plena de esperanza, halagado el pensamiento por las perspectivas de riqueza y bienestar más brillantes, en la plenitud de la fuerza y de la vida, y ya no se había vuelto a saber nada de ellos, como si los hubiese tragado un abismo!

Allí, entre aquellas montañas solitarias y silenciosas, habían desaparecido para siempre. El oro que dormía en las entrañas de aquella tierra de la cual ni un solo palmo revelaba el cultivo y el afecto del hombre, les había sido funesto.

Sólo está nuestro viajero; conoce los espantosos hechos que refieren brevemente, pues un hermano suyo, buscador de oro, lleno de audacia y de valor, había desapa-

recido en aquella región, y para buscarlo incansablemente hasta encontrarlo vivo o averiguar noticias concretas y exactas de su muerte, había empreendido aquel penoso viaje, con su pequeño sobrino, cruzando estepas, bosques y montañas que raras veces hallaba la planta del hombre.

Por fin, como hemos dicho al principio de nuestro relato los ojos de nuestros viajeros divisaron el Valle del Misterio. Media hora más de camino y se encontrarían en él.

Les faltaba tan sólo unos cincuenta metros para su arribada cuando los ojos de Carlos distinguieron, a la entrada de una caverna, a un ser por demás extraño que, agazapado en el suelo, excavaba la tierra afanosamente.

Un sentimiento de alegría invadió el corazón de Carlos Masters, y con la faz resplandeciente de júbilo dijo a su pequeño compañero de viaje:

—¡Pedrin querido, tal vez ese hombre pueda darnos alguna noticia que nos guíe y oriente! ¡Acércuemonos!

Unos momentos después, Carlos dirigía a aquel habitante de tan grandioso y solitario paraje, un cordial saludo:

—¡Buenos días, amigo!

Suspendió su trabajo el inquietante personaje y quedóse mirando de hito en hito a los recién llegados, sin pronunciar palabras.

Luego, tras balancear su enorme cabeza, balbuceó:

—¡Busco oro! ¡Busco oro! ¡Tóm el Teste encontrará oro.

Estas escasas palabras, recogidas con avidez por el oído de Carlos, dieronle a comprender que se las había con un ser extravagante, con

un misero sujeto cuyo cerebro había probablemente obsesionado la fiebre y la ambición de riquezas.

—Sin embargo, insistió:

—Escuche usted, buen hombre! ¿Podrá decirnos en qué sitio de este paraje existe una mina de oro abandonada hace mucho tiempo?

El pobre muchacho, un crío de y, suspendiendo de nuevo su tarea, levantó el rostro, feroz y amenazador.

—Toma el Tonto no sabe nada, no quiere a nadie, no percibe otra sonda que el del oro. ¡No oye ni los ruidos del huracán, ni los bramidos del trueno, ni los gritos de las hambres! ¡Solo corree y ama el oro! ¡Marchaos! ¡Dejadme tranquilo!

Pedrin, a quien la reciedad de aquel desequilibrado le infundía una especie de terror, dijo en voz baja a su tío:

—Vámonos, querido tío: me da miedo este hombre!

Medió unos instantes Carlos, examinando con ávida mirada las cercanías, y luego declaró:

—Verdaderamente, no ha sido muy afortunado nuestro encuentro con el primer ser humano con quien hemos topado en esta desolada y salvaje comarca!

—¿El indio es burla, y por añadidura, una serpiente que una tapia?

—Sin embargo, estoy cierto de que nos hallamos en el *Valle del Misterio*, al que voyto hace un año mi desgraciado hermano, y en el cual sin duda dejó los huesos...

—Supongo que no será este desdichado y extravagante individuo el único ejemplo humano que halla en estos parajes.

Pronunciando estas palabras Carlos alejóse unos pasos, seguido de Pedrin, que se revolvía de vez en cuando para mirar al perturbado narrador de oro, que su muchacho y sus pocos años equiparaban a un espantoso oro de las fábulas infantiles.

A poca distancia, el declive de

una colina, por el que discurría una corriente de agua pura y cristalina, entre unas peñascoas enormes, cerca de las cuales la suave brisa hacía unos megaridos actuales, parecido a Carlos el propósito para descansar unas horas.

—¡Acamparemos allí — dijo —, y mañana continuaremos nuestras pesquisas!

—¿Y pasaremos la noche?

—Sí. No temas miedo alguno. Mi buen revolver matado por mi mano, porra pocas veces el blanco, y como estoy bien provisto de municiones, son muchos los enemigos. Interrumpióse porque en aquel momento su mirada de halcón percibió, a lo lejos, en una pequeña llanura, que se extendía entre las estratificaciones de dos montañas, varias figuras humanas y un loco y primitivo edificio.

Un grito de alegría se le escapó de los labios y extendiendo el brazo en aquella dirección, exclamó:

—¡Gente! ¡Allí hay personas! ¡Allí viven seres humanos! ¡Sin duda, es un rancho! ¡Aunna, Pedrin!

Mientras tío y sobrino se acercaban al rancho que se divisaba en lejanía, se desarrollaba en este una escena de intenso interés.

En el dueño del rancho Aleja Pavlovich, hombre de unos treinta años, de carácter brutal y pasiones incóntinentes.

Con él vivían los hermanos Boris y Olga Oshirnov, ambos hijos del antiguo propietario del rancho, que, al triste hombre tutor de sus dos castigos al brutal Pavlovich.

Embebecido de la belleza y la juventud de la muchacha, quería obligarla a ser su esposa por la fuerza, y la obstinada resistencia, o mejor dicho, la repugnancia que le demostraba la hermosa criatura, no hacía más que exacerbar sus feroces instintos.

La noche anterior había mediado entre ambos una violenta discusión, durante la cual el infame Pa-



... retirándose como preso turbulento...

Iosich llegó a matricular a la bella y audaz criatura.

En breves días, estaba ya en el rancho, regresando al momento, avanzando la noche.

Pero a la mañana siguiente, apenas pudo hablar con el la adriática hermana, viéndose de lo decepcionado con voz entrecortada por los sollozos, señalándole la joven que se acercara para siempre y cuanto antes de aquel lugar.

¿Imposible acceder a tu deseo, Dima querida?

— ¿Por qué?

— No lo sé. ¿No quieres dar la última voluntad de mi gran venerado padre? ¿No nos paró el corazón cuando vos, con ese diablo Paulovich, que vivíamos aquí, hasta nuestra mayor edad, pues vos fuereis, estos edificios son nuestros, y nosotros habíamos la mina de oro del Valle del Hualfín?

«¿Cómo desobedecer ese deseo, cómo renunciar a una herencia tan sagrada?»

Por toda respuesta la hermosa Olima exhaló un profundo suspiro.

Y fue a decir algo, cuando su anciano resplandeciente fue demandado por una expresión de espanto.

En el umbral de la puerta del presente en que los dos hermanos estaban con el corto diálogo que hemos referido, acababa de aparecer la temible y poderosa figura de Paulovich.

El miserable envolvió a los dos hermanos en una mirada de desdén, y con su voz brava y burlesca, exclamó:

— ¿Puedo yo saber lo que habláis con tanto sigilo y misterio?

Entonces, poniéndose en pie como impulsado por un resorte, avanzó unos pasos hacia su infame tutor



y con acento vibrante de cólera respondió:

— ¡Sí, lo sabes usted bien! Mi hermana me lo ha dicho que amo a la traidora así como un canalla, como un cobardo!

— ¿Cómo va usted a repetir la...!

— ¿Que harás tú, despreciable maldito?

— ¿Qué haré?

— Sí.

— Tan muerto como quiero a Olga más que a todas las cosas y personas de la tierra, tan muerto es que lo mataré a usted!

Pavlovich sacó con una risada estas amenazadoras palabras.

— ¿Por qué soy que me divierte en lugar de enojarme lo fuerte, insensato monstruo? ¿Desafiarme a mí? ¡Ah, ah! ¡La verdad es que voy a resistir hasta el fin de mis días! Tu arrogancia es tan grotesca como la del simio que riñe a un león!

— Sin embargo, como a pesar de saber quién soy yo, no me conoces bien todavía, voy a complementarlo dándole una lección ejemplar!

Esto diciendo levanta el brazo, dejando caer su puño cerrado sobre el pecho de Boris, que retrocedió unos pasos tambaleándose y gritando de rabia y de dolor.

Seguidamente sacó el revólver y, encañándolo contra su desigual enemigo, vociferó:

— Como he me un solo movimiento, pronunciaré una palabra injuriosa o de amenaza, te mato como balas en el cuerpo!

Olga, con una abnegación y un heroísmo sublimes, se interpuso entre el arma y su hermano, escudando a éste con su cuerpo estatuaria y virginal, diciendo:

— ¡Es usted el malvado... un cobardo!

— ¡Y, además — replicó Pavlovich con sorna — tu futuro esposo!

— ¡Jamás! declaró Olga — ¡Antes prefiero cien muertos!

— ¡Bah! Dentro de ocho días, ten-

dá la novicia, será la novia más envidiada y amada del mundo. Me desolarte, hermosa, porque desprecias mi amor, lo mismo que la hermosa! ¿Acaso me soy vuestro tutor?

— ¡Es usted nuestro verdugo!

— ¡Silencio! ¡Otro paso! ¿Quién puede venir aquí sin que yo lo sepa de antemano?

Pavlovich, que había estas palabras, se encaminó fuera la puer-



*Sorprendido y despreciado.*

ta; pero antes de llegar a ella, arrojó la arrogante figura de Carlos Madura.

Pavlovich lo miró de arriba abajo con el esto fríasco, precontándole desahucadamente:

— ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted?

— ¿Puede darme usted algunos informes sobre el *Valle del Misterio* y, particularmente, acerca de cierta mina de oro abandonada?

Pavlovich reflexionó unos segundos, luego, dirigiendo una mirada atenta a los dos hermanos que estaban juntos y conversaban en voz baja, respondió al inesperado visitante:

— Algo puedo decirle a usted, en gran cosa; la verdad es que he visto muchas las bombas que hacen explotar el oro de la mina, después de haber en el valle.

— ¡Salude esto, usted está bien

lo que ha de hacer?... Yo no puedo ser más explícito ni tengo más tiempo que perder...

Carlos no quiso insistir. Sentía en lo profundo de su ser una repentina y fuerte antipatía, casi odio, hacia aquel hombre que se expresaba de un modo tan jactancioso y dominador.

En cambio, hasta ver la excel y hechurera figura de Olga para experimentar hacia ella una avasalladora atracción.

—¿Podrían darnos aquí algo de comer, pagando por supuesto?

—Naturalmente. Esa joven los atenderá a ustedes! —repuso Paulovich marchándose.

Carlos y el muchacho sentáronse a una mesa fresca, en la cual Olga fué dejando los escasos manjares que podía ofrecer...

Anhelando tener conversación con tan hermosa criatura, Carlos Masters dijo, luego de cenarse en silencio un trozo de pan y un pedazo de carne:

—La verdad es, señorita, que los escasos informes que me ha dado el hombre que ha salido de aquí hace un cuarto de hora, no son muy halagadores! Pero: supongo que habrá cierta exageración en sus palabras...

—¿Exageración? ¡No, por cierto! —se apresuró a contestar Olga.

—¿De manera que el Valle del Misterio... y, sobre todo, esa antigua mina de oro... son una especie de palacio encantado donde poseen cuantos se atreven a entrar en él?

—¡Excelentemente, señor! Ningún aventurero ha salido vivo de este siniestro valle!

—Entonces yo soy el más afortunado —declaró Carlos Masters riendo—, porque saldré sano y salvo de él!

—¿Luego está usted decidido irrevocablemente a proseguir sus pesquisas?

—¡No me harían desistir de ese empeño una legión de diablos, señorita!

La hermosa Olga echó un profundo suspiro y se volvió a su hermano que, en un rincón del aposento, sentado en un rustico banco, tenía la cabeza apoyada en las manos.

Los dos jóvenes cambiaron unas cuantas palabras en voz baja, apocadosos después ambos a los viajeros.

Si tan resuelto está usted a ir en busca de esa mina —dijo Olga sin más preámbulos—, recomiendo también a ustedes... a mi hermano y a mí.

Sus bellas y varoniles facciones reflejaron un asombro inaudito. ¿Sin duda esperaba cualquier cosa más que tan modesta petición?

Estroboado por la curiosidad, preguntó:

—¿Y por qué quieren ustedes venir conmigo, sin ni siquiera conocerme ni saber quién soy? ¿Qué intereses pueden tener ustedes por hallar una mina que tan famosa no lo sea, según...? —ha dicho usted, señorita, para cuántos la busquen?

El joven Boris intervino diciendo:

—En una la descubrió mi padre, registrándola a su nombre... Heredó a nuestro lado para darnos la grata nueva. Pero de júbilo y de orgullo... Luego volvió a este valle, en el cual, según sus previsiones, estaría solo unos meses; pero en él se quedó para siempre... en el lo perdieron para siempre...

Pronunciadas estas palabras, los dos hermanos se quedaron mirando al audaz viajero con expresión suplicante y ansiosa, como si de la respuesta que dan a or de sus labios dependía su propia vida.

Carlos Masters meditó unos momentos, al cabo de los cuales declaró:

—De buena gana accedería a su deseo, pero presiento que voy a emprender una tarea llena de riesgos y peligros, y no puedo consentir que ustedes los compartan. Es preferible que se queden ustedes aquí...

—¡Aquí es precisamente donde a mi hermano y sobre todo a mí, nos amenazan los peores peligros!

—¡Carlos! ¡Que Dios asista, señorita!

—Desgraciadamente, una dolorosa y terrible verdad! El hombre con quien ha hablado usted un momento apenas llegó, en un instante, un monstruo de vileza, una bestia repugnante... ¡Ah! Nuestro padre involuntario nos dejó al morir bajo su tutela, bien ajeno a pensar que sería nuestro verdugo!

Oiga lo enterró en pocas palabras del execrable castigo a que estaban sometidos su hermano y ella, y los brutales tratos de que era víctima por negarse a ser su esposa.

—¡Protejanos usted, señor! ¡Ampárennos y aseguren de este infierno!—terminó explicando la dolorosa criatura.

El pequeño Pedrin se apresuró a responder por su tío, exclamando:

—Hálo, tío Carlos! ¡Defiende y ayuda a esta muchacha! ¡Ah! ¡Cuanto le quiero a la proteges y ampara!

—Tú amadas en mí, pequeño, y yo lo obedezco! ¡Vendrán ustedes con nosotros!

Unos momentos después convinieron que la marcha tendría lugar al día siguiente antes del amanecer y con el mayor sigilo.

## II

Comenzaba la primera luz del alba a blanquear la cerrazón de tinieblas por Oriente, cuando los cuatro aventureros emprendieron el camino.

—No sé por qué—dijo Olga alabando las tinieblas en todas direcciones—, tengo el presentimiento de que nos espían y acechan.

—Quizá hay hombres escondidos y atentos a Paulovitch tras aquellos pinos o tendidos en aquella maleza que nos están esperando.

Carlos propuso entonces hacer un

reconocimiento por los alrededores, prometiendo reunirse en seguida con sus amigos.

—No se aleje usted mucho de nosotros—objetó Boris—y si le ocurre algún percance pida auxilio, llámenos, que acudiremos en su ayuda.

—¡Desdénen todo temor y quédense tranquilos!—replicó con la sencillez peculiar a todos los hombres verdaderamente valientes.

—Yo quiero acompañarle, querido tío—exclamó Pedrin.

El andar y arrogante mozo levantó en alto al bravo muchacho y luego de besarle le dijo en voz baja:

—Tú has de quedar junto a esta hermosa señorita, Pedrin, para velar por ella, ¿me comprendes, querido niño?

Esto diciendo, Carlos se alejó.

Por consejo de sus amigos, el enorme que tenían que emprender pasaba por delante de la guardiola del cioba a quien la mañana anterior había a la puerta de su celda haciendo un hoyo en tierra.

Estrañado solamente Carlos de encontrarlo ya en pie a una hora tan temprana, se acercó a él; pero cuando solamente lo separaban de su madre una cuantos pasos, vio surgir de entre unos peñascales al infame Paulovitch y otros hombres que, revolver en mano, lo rodeaban en el relampagueo de unos momentos.

Sorprendido y desorientado, Carlos no tuvo tiempo de recuperar su revólver.

La fría voz de Paulovitch ordenó a sus secuaces:

—¡T sacad a este majaderot! Ni un grito, ni un gesto, si os quieren dar el salto de pulga que le separa del infierno!

—¿Cómo buscas la mina de oro?

—Pues bien, por ahí se entra en ella—añadió extendiendo la mano hacia la guardiola del viejo idiota.

—¡Adelante! ¡Siguenos, rápido y obediente como un cochecillo!—y ellos esdrifan al pellejo!

—No podías llegar más a tiempo.





## EL VALLE DEL MISTERIO

Drama del Oeste  
interpretado por el  
insuperable

Tom Tyler  
y el precoz artista  
Frankie Dano

SELECCIONES  
(INAE)

Gran Vía La, etana, 33  
BARCELONA



—¡Mueve arriba, asesino!

Me hace falta un hombre joven y robusto como tú.

Mientras hablaba de este modo, cruzaba la entrada de la cueva; Carlos, indolente y rodeado por cinco enérgicos cuyos revólveres le empujaban con el cañón, obligándolo

a andar y obedecer, le seguía los pasos con expresión sombría.

Enfilaron un corredor que se abría al extremo de la cueva y llegaron que hubieron a una esplanada, a ambos lados de la cual se veían varias galerías. Paulovich se detuvo.

—Ahora, escucha bien lo que voy a decirte, y procura cumplir mis órdenes al pie de la letra bajo pena de muerte...

—Por no habérmelo obedecido, ayer mismo maté como a un perro a un tal Masters...

Un grito que nada tenía de humano se escapó de "la garganta de Carlos.



Expiraría sin exhalar una queja...

—¿Qué has dicho, infame... qué hiciste ayer? ¿A quién asesinaste ayer, cobarda, monstruo?

Al mismo tiempo, haciendo caso omiso de las armas que le rodeaban el cuerpo con la boca mortífera, de las zarpas que lo agrietaban, y dando un salto increíble, se plantó ante Paulovich.

Daba miedo ver su rostro contraído por una expresión de odio y de dolor sobrehumano, en el que sus grandes y negros ojos lanzaban chispas de fuego.

Transcurrieron unos segundos durante los cuales los enemigos de Carlos Masters, como

paralizados por el asombro, no supieron qué hacer.

Al mismo Paulovich parecía que sus nervios y tendones, agudamente enojados, no podían obedecer su voluntad, siempre cruel y sanguinaria.



Carlos Masters guardó silencio...



—Tú, el Tufo, no vale nada...



Se produjo una especie de tumulto al abalanzarse todos a la vez como la jauría contra el jabalí, intentando sujetar al enfurecido moro.

— ¡Pronto, asesino! ¡Dime qué has hecho de tu víctima!

— ¿Por qué asesinado a mi hermano, Cain maldito?

Esa última pregunta dio a comprender a todos la temeraria actitud del intrépido buscador de ven, cuyo tan sólo derecho cayó con fuerza irresistible sobre el pecho de Paulovich, obligándole a retroceder, dando un rugido de cólera.

— ¡Va del cielo! ¡Sujeta a este bellaco! — rugió con voz de trueno.

— No lo moléis aquí a tiros! Cuatro balazos le causarían una muerte demasiado rápida y suave.

— ¡Te arrancaré el corazón con mis manos, infame! — rugió Carlos, intentando atrapar por el pescuezo al verdugo de su hermano.

Mal lo hubiera pasado el feroc Paulovich, si las zarpas de Carlos Maslov, como ferocísimas tenazas, hubieran hecho presa en su garganta.

Pero, afortunadamente para él, se le ocurrió a uno de sus hombres la idea de sujetar la cabeza de Carlos con la ayuda de su revólver, deteniéndolo medio desarmado, con los brazos inertes a lo largo del cuerpo y las piernas extendidas como si se separan a sostener el peso de su cuerpo aerogante y atlético.

Cuando nuestro amigo, al cabo de un fugaz momento, osciló su energía, se hallaba sólidamente amarrado.

Una ruidosa huchala resonó en la siniestra puerta, y seguidamente dijo Paulovich:

— ¿Cómo le llamáis de Maslov?

— ¡Pronto le reunirás con él en las inferencias, adonde él ya ha dormido esta noche como un borrego!

— ¿Pero le hará ese viaje por un camino más difícil y seductor? ¡A él lo mató ayer a tiros, como a un

perro rabioso!... ¡No quiero hacer ahora lo mismo contigo!

— ¡Malvado! ¡Cobarde, asesino!

— vociferó Carlos forcejeando en vano por libertarse de las cuerdas que lo sujetaban.

— ¿Cómo ya de vomitar insultos incótiles! ¡Estás en mi poder y no hay fuerzas humanas ni divinas que te libren de mi castigo!

— «Tú mismo has pronunciado tu sentencia de muerte, y tú mismo también serás quien la ejecute. De manera que has desempeñado el papel de juez y te resta cumplir el de verdugo.

Y ordenó a sus sicarios:

— ¡Llevedlo allá!

Y Paulovich señaló un rincón del antro al través de cuyas resquebrajadas paredes ya los maravillosos riques del Oriente.

— ¡Ponedlo con los brazos en alto y con una cuerda atada a ese gancho de hierro!

— «Ah, ah! ¡Basta postura la tuya, barba! A buen seguro que no la soportarás una sola hora. Y sabes lo que ocurrirá cuando la fatiga le obligue a bajar los brazos y tirar, por lo tanto, de la cuerda atada a ese gancho?

— «No, no lo sabes! ¡Como has de saberlo! Yo lo voy a decir. Ocurrirá que harás funcionar el resorte de cierto mecanismo, haciendo estallar una bomba de dinamita que te hará pedazos.

— «¿Que te parece, pues, la suerte que te aguarda? ¡Sencillamente horrible! ¡No es cierto?

Carlos Maslov guardó silencio, sin alzarase lo más mínimo.

Salva que en aquella ocasión, como siempre, se cumplía lo que disparejo tenía las adargas fuerzas del destino o la voluntad de Dios, y conscribía en su noble y valeroso corazón una dolorosa página.

Apenas lo hubieron puesto a manera indicada por Paulovich, en el antro hubo penetró un poco.

naje que no esperaban ni él ni sus cobardes enemigos.

Nos referimos al pequeño Pestre.

—¿Quién es este arrapensó?— barbotó Paulovich trunciendo el pecho. — ¡Ah! Ya lo recuerdo. Lo vi ayer en el rancho con este imbécil.

—Tío, querido tío Carlos!— exclamó el muchacho intentando acercarse al hermano de su padre.

Pero se lo impidió el brazo de Paulovich, cuya mano lo cogió por un brazo.

Entonces, fijáronse bien en el despojado rostro del muchacho, exclamó:

—¿Dónde? Este rapaz se parece al muerto como una gota de agua a otra.

El misero muchacho tembló de los pies a la cabeza, mirando a Paulovich con los ojos desorbitados por el horror.

Sonriendo como un demonio, el siniestro número le preguntó:

—¿Cómo se llamaba tu padre, chaval?

En lugar de responder, Pedro dirigió sus hermosos e inteligentes ojos hacia su tío, guardando silencio.

—¿No me has oído? ¡Ira del cielo!— aulló Paulovich sacudiendo a la fríasel personalidad como un arbolillo zarandeado por el huracán.

Entonces interrumpió el prisionero:

—¡Su padre, miserable, era el infeliz que tú asesinaste ayer cobardemente, traidoramente!

—Acabáramos!— dijo Paulovich—. Conque hijo de Jim Masters. ¡Perfectamente! Vienes como amulo al dedo, muchacho. En la mano hace falta un pequeño trabajador, y desde este momento quedas condenado a trabajar en ella con pena ni basta que recibieras.

—Mirame bien! Yo soy Alejo Paulovich. Como no me obedezcas claramente, te mataré a tiros como maté ayer a tu padre.

Las lindas facciones del misero Pedro palidecieron espantosamente, su cuerpo todo fue agitado por

un temblor convulsivo, y un débil silbido se escapó de su garganta.

Con los ojos arrasados de lágrimas volvió la cabeza hacia su tío, cuyo rostro expresaba un dolor indecible, y en el cual brillaban las lágrimas de un futuro asesino.

—¿Cuándo y con quién has venido aquí?— preguntó Paulovich con voz amenazadora. Hizo un ademán de una sospecha.

El muchacho guardó silencio.

—Llévadle a la mira!— barbotó el miserable—. Es de la misma madre que su padre y no amará comer con él un disparo en un arroyo de cobert! Atácle a mi vista.

Uno de sus lacayos de honor se apresuró a obedecer.

En un momento llegó a sus oídos una voz conocida que también percibieron los oídos de Paulovich, el cual, profiriendo una espantosa blasfemia, abandonó la cueva minada con dinamita.

—¿Qué ocurría?

En pocas palabras lo referiremos.

Marmelada Olga y su hermano por la ferocidad de su valeroso protector en reuniones con ellos, y temerosos de que hubiese ocurrido un grave percance, decidieron buscarlo por las cercanías.

Los dos hermanos eran oprimidos por angustiosos presentimientos.

A la incierta claridad matinal, que iba gradualmente dando a las cosas su verdadero contorno y colorido, descubrieron de pronto algo que los dejó paros de estupeor.

Escondidos en unos enredos penumbrosos vieron al viejo de la gruta gesticular vivamente con una persona aborrecida.

Esa persona era Paulovich.

Boris y Olga se miraron con expresiones angustiadas e interrogadoras.

La presencia, a una hora tan insolita, de un cobardo y cruel verdugo en la guarida del viejo idiota, y el anárquico diálogo que con él sostenía, no presagiaba nada bueno para el afortunado heredero de él.

—Bien me dicen el corazón que

nos espían — murmuraron los temblorosas labias de Olga—. Si nuestro amigo ha caído en poder de ese hombre con figura humana, quizá no vuelvan a verlo nuestros ojos...

—¿Qué hacemos, querido Boris?

—Ir en auxilio de nuestro protector.

—A la cueva de ese horrible brujo?

—Sí.

—Ya ha desaparecido en ella el maldito Paulovich—añade la muchacha que no apartaba los ojos de aquella madriguera mientras conversaba con su hermano.



... agarrado por una de las antiguas venas...

La corta y ansiosa conversación que hemos transcrita, escuchada avidamente por Pedrito, hijo adoptivo al herido muchacho, una decisión repentina.

Y apartándose de los dos jóvenes, que en vano lo llamaron resaca de voces, echó a correr en dirección de la cueva, penetrando en ella sin que lo viera el espantoso carretero.

Cómo ya habrán imaginado nuestros lectores, el viejo habitante de aquella madriguera era un cómplice del infernal Paulovich, su brazo derecho, como vulgarmente se dice, y su sordera y su idiotex eran una pura farsa para ocultar mejor los criminales proyectos de su amo.

Se hallaba el supuesto idiota a la puerta de su antro cuando vio acercarse a Boris y Olga.

Entonces adoptó la actitud burlada y hostil que le era habitual.

Boris, apenas estuvo a su lado, le preguntó resaca de voces:

—Oye, viejo farfante, ¿dónde está Paulovich?

El astuto personaje encorrióse de hombros...; pero sus ojos, y su fisonomía perversa y emboscadora, revelaron claramente que había oído y entendido claramente la pregunta que acababan de dirigirle.

Por lo cual, el hermano de Olga añadió con acento sarcástico:

—De modo, miserable, que tu sordera es una comedia, una farsa, una estratagemas?

Los ojos del supuesto brujo brillaban con fulgor siniestro.

Su joven interlocutor le amenazó con un cuchillo, única arma que el cauto y perverso Paulovich se había descubierto en el rancho, pues sus numerosos rifles y pistolas los tenía bien guardados, y el malvado viejo, a modo de una fiera acorralada, anhelaba encontrar un sitio por donde huir.

Ciertamente que pudiendo auxilio alenaría en segunda tal vez a su amo que sólo el diablo sabía lo que en aquel instante estaría haciendo con el prisionero.

Quizá, como a tantos otros, lo expedía en un viaje sin regreso para el otro mundo.

Pero el miedo paralizaba su facultad de gritar, además de la creencia de que si gritaba, el arma con acerada hoja blandía Boris ante sus ojos; encontraba vaina en su decrepito cuerpo.

Su enemigo añadió:

—Te doy un minuto de tiempo para hablar. ¿Dónde está Paulovich y qué ha venido a hacer tan de madrugada a esta madriguera?

Esa última pregunta la percibió el aturdido, que sabiendo del oscuro y angustioso pasillo que daba a la



nueva, apareció ante los dos hermanos.

— ¡Paulovich! — exclamó Olga con voz trémula de espanto.

— El mismo! ¿Te asusta verme, querida y hermosa peloma? — preguntó con sorna el tándido. — Y sin embargo, habrás de ser mía, mi esposa legal y ahogada, obediente y cariñosa.

— Pero no hablemos ahora de nuestro futuro y feliz enlace. Es prematuro tratar de ese asunto. Antes vamos a arreglar nuestras cuentas y entendernos de una vez para siempre. En cuanto a ti, muchacho, dijo a Boris — ya puedes tirar ese chisme inútil.

— Yo voy a saciar tu curiosidad. ¿No deseas saber qué he venido a hacer aquí?

— Pues bien, he venido a examinar un pobre bobo, al inquieto buscador de oro que ayer se presentó en el rancho, y del que hoy, antes de amanecer, habéis salido vosotros con él.

— Como ves, estoy bien enterado de vuestras inocentes trapaacerías.

— ¿Qué imaginabais, infelices? ¿Arrestarme a mí, Alejo Paulovich, la mina de oro que tantos incautos han buscado con el corazón lleno de codicia en este valle? ¿Tramabais, ademas, quitarme de en medio?

— ¡Bien merecen un castigo parecido tus viles infamias! — declaró Boris —, y lo tendrán más tarde o más temprano.

— Día llegará en que la justicia de los hombres y luego la de Dios, más terrible e inexorable, te exija esclutas cuentas de tus crímenes.

— No digas sandeces, muchacho. Alejo Paulovich sabe nadar y guardar la ropa, y nunca jamás comparecerá como acusado ante ningún tribunal de la tierra.

— En cuanto a la justicia de Dios, ¿ah? ¡El Padrecito Eterno ni siquiera se cuida de los osos y los arveos, las arthaciones y las luchas de los miserables mortales!

— «Somos nosotros los que hemos de afanarnos por nuestro propio bienestar y nuestra ventura. Voy a invitarte a la concordia y la amistad. Si rechazas mis proposiciones, no es que quieras ni entees a nadie de lo que pueda ocurrir, pues vosotros habréis sido los factores de vuestra desdicha.

— ¡Nada queremos contigo, miserable! — replicó Boris. — Nos has asustado, nos has robado e invalidado lo que es nuestro, la mina descubierta por nuestros padres, el rancho creado con su esfuerzo y trabajo.

— ¿Estas son vuestras estúpidas exigencias? — bramó Paulovich —,



— *La verdad es, señorita, que los escaros informes...*

— ¿Es posible que ignores que en este valle soy el amo, y que cuantos en él viven han de obedecer y someterse a mi voluntad?

— Nosotros, no!

— Rámonos... entonces... temblad, insensatos. Porque tan cierto como brilla el sol sobre nuestras cabezas, Alejo Paulovich os romperá como si fueris de vidrio.

— Pero no quiero llegar a ese extremo; no quiero mostrarme con vosotros, tan terrible e inexorable.

— Quiero, por el contrario, ser indulgente y generoso. ¿Por qué? Ah, ya lo sabéis! En esa divina cara — anillo con las papilas inflamadas de lajuria fija en Olga —,

brillan unos ojos como dos luceros que han de narrarme algún día con amor.

— ¡Juro, hombre malvado de la estirpe de Cain! — declaró Olga, irguiéndose como una lanza.

— Te digo — aulló Paulovich rechinando los dientes — que serás mía, completamente mía, eternamente mía. Y hoy mismo, antes de que el sol se hunda en su ocaso, las de hacerme esa promesa, jurando del modo más solemne cumplirla.

Seguidamente, el espantoso personaje llamó con su voz de trueno.

— ¡Aquí mis hombres!

Inmediatamente comparecieron varios de sus cómplices y extendiendo el brazo hacia los dos hermanos, ordenó:

— Conducid a esta pareja al *Agüero del Diablo*. Y tenedlos allí encerrados hasta que yo regrese, bien vigilados. De ellos mis respondidos con vuestra propia cabeza!

Fra tan grande el terror que inspiraba Paulovich a cuantos obedecían sus ordenes como verdaderas y miserables esclavas, que ninguno de sus secuaces se atrevió a chistar.

Todos sabían por experiencia que era que jamás amenazaba en vano.

Boris y Olga dejáronse llevar como conducidos por la mano de la fatalidad al mencionado sitio, presentándose ambos para sus adentros por que se le denominaría el *Agüero del Diablo*.

No tardaron en saberlo.

Entre momentos después se hallaban encerrados entre cuatro paredes rocosas alumbradas por varias lámparas de petróleo.

Aquel ancosto encierro, lo mismo que el que ocupaba Carlos Masters, estaba unido por dinamita. Para producir el estallido del terrible explosivo bastábale al fugido idiota tirar de un bramante que colgaba a la entrada de su antro.

Nadie, empero, conocía este detalle a excepción del infame Paulovich y del falso idiota.

— ¡Dentro de un par de horas saldré de regreso! — se despidió Paulovich del viejo. — ¡Si ocurriese algo contrario a mis ordenes y desere, ya sabes lo que tienes que hacer!

— ¿Tirar de aquel alambre? — inquirió el supuesto idiota sonriendo de un modo espantoso.

— Exactamente.

Pronunciada esta respuesta, Paulovich salió del antro, bien apeno a pensar en la sorpresa que tendría a su regreso.

### III

Afirma un sabio refrán que en este mundo no hay enemigo pequeño, y el acierto y verdad de esa sentencia popular quedaron bien demostrados en los auténticos hechos que estamos refiriendo.

Al marcharse de la madriguera el miserable Paulovich, temía por descontento que cuando a ella regresara, el prisionero, incapaz de sufrir más tiempo el tormento a que lo condenaba su postura, habría hecho estallar, haziendo los brazos, el terrible artefacto situado encima de su cabeza.

Por un milagro de la voluntad, nuestro amigo pudo soportar durante dos angustiosas horas el suplicio a que lo habían condenado, al que pondría fin una muerte horrible.

El desgraciado e indomable mozo casi no abrigaba ya la más leve esperanza de salvación.

Sin embargo de estar conveguido de su próximo fin, ni siquiera cruzó por su cerebro la idea de implorar piedad y misericordia al pervertido asesino de su hermano.

Esperaría, pues, sin exhalar una queja ni pronunciar un ruego, hecho pedazos.

Estas eran las reflexiones que a sí mismo se hacía el prisionero, cuando su fino oído permitió el leve

rumor de unos pasos castró y cor-  
los.

Entonces, animado todo su ser  
por una indefinible esperanza, en-  
foco su ansioso mirado en la di-  
rección de que provenía el ruido.  
y... ¡cuál no sería su asombro y al  
mismo tiempo su júbilo al divisar  
la figura de Pedrito!

— ¡Vengo a salvarte, querido tío!  
— dijo el muchacho con voz ruidan-  
te de alegría—. ¿Qué debo hacer?

— Acércate, mío querido, y cor-  
ta la cuerda que hay encima d mis  
manos... Pero no te cuesques de mis  
brazos, ¿comprendes?

— ¡Sí, tío Carlos!

Y con una agilidad asombrosa,  
Pedro trepó por la abrazta y rorosa  
pared, con un pequeño cuetillo  
entre los dientes.

Una vez encaramado a la suf-  
iciente altura, sosteniéndose agarra-  
do a la pared con la mano izquier-  
da, cortó con la otra, armada del  
pequeño útil, la cuerda fatal.

Luego hizo mismo con las que  
sujetaban las muletas del prisionero.

— ¡Libre! — exclamó este exultan-  
do un profundo suspiro—. Ahora  
podré vengarme! ¿No te ha visto  
nadie?

— ¡No, tío!

Carlos dió un fuerte abrazo en-  
tra y corren al valiente muchacho  
y luego le besó repetidas veces, sin  
pronunciar palabra, porque tan  
interes era su emoción, que no ha-  
biera podido hablar sin llorar.

— ¿Y nuestros amigos? — pregun-  
tó al cabo de unos instantes, cuan-  
do se hubo librado de las ligaduras  
que sujetaban sus pies.

— Están en poder de aquel hom-  
bre!

— ¿Panlovich?

— ¡Sí!

— ¿Está ese infame aquí?

El muchacho hizo un gesto afir-  
mativo.

— ¡Ah! ¿Cómo conseguimos un  
revolver? — murmuró Carlos Mas-  
ters con acento desesperado.

Pedrito le dió unas cuantas pa-  
labras al oído. El guapo semblan-  
te de nuestro amigo resplandeció de  
júbilo, oyendo lo que aquel le co-  
municaba.

— ¡Guíame adonde está ese cer-  
tificado!

— ¡Sígueme, tío Carlos!

Entretanto había regresado Pan-  
lovich, y luego de cerciorarse de  
que durante su ausencia no había  
ocurrido novedad alguna, ordenó a  
uno de sus cómplices que fuese en  
búsqueda de la hermosa Olga.

Cuando esta compareció ante él,  
le preguntó:

— ¿Qué has decidido? ¿Accedes  
a ser mi esposa?

— ¡Jamás! — repitió la castró  
muchacha.

— ¿Entonces prefieres que sucum-  
ba tu hermano?

Pálida como un sudario, la infa-  
liz se quedó mirando a su ventu-  
ro con los ojos agrandados por el  
horror.

Satisfecho del efecto que habían  
producido sus palabras, el misera-  
ble añadió:

— ¡Sí, tu hermano muera! Tu  
hermano sólo... porque tú habrás  
de ser mía a la fuerza... Y des-  
pués...

— ¡Maldición! ¿Qué significa esto?

El misero profirió estas pala-  
bras al mismo tiempo que una voz  
sostenida y autoritaria decía:

— ¡Manos arriba, asesino!

Un fantasma no le hubiera infun-  
dido más espanto que el ver a Car-  
los Masters, acompañado de Boris  
y de tres acorazados, apuntándole con  
sus revólvers.

— ¡No le confiaban sus ojos!  
— Aquellos hombres que siempre lo  
habían obedecido y temido como  
esclavos se rebelaban contra él, li-  
berando al prisionero.

Así era en efecto: Carlos Masters  
había obrado aquella especie de mi-  
lagro, infundiendo en aquellas al-  
mas, civilizadas y encadenadas, un  
vestigio de honor y dignidad.

Momentos antes, había oído co-



mo un rayo sobre el vigilante de la torre, quedándose allí con todas las pistolas y quitándose el revólver.

— ¡No me mate usted! ¡muírense el venado, continen! — Perdióme la vida y la obediencia... ¡De aquí me voy con mi conciencia y no vllamo a Paulovitch!

— ¡Y la obediencia y secundas en me criminos!

— ¡Por miedo! ¡Nos tiene aterrorado... pero le aborrecemos!

— Pronto lo salvo! ¡Y si es cierto para todos vosotros es verdad que el asesino botura y dignidad!

— Dos minutos después la palatin fuerza y dominadora de Carlos desata a aquellos cobardes a rebelarse contra el malvado Paulovitch...

— Eso no acababa de dar crédito a lo que veían sus ojos...

— ¡Ald a ese hombre en conciencia ni corazón, a un criminal, criminal! ¡Quedó Carlos sin de... le encubrir el arma contra el malvado de su hermano... la fuerza física y la humanidad abren camino de un espil tan patético, quedándose a botazos, pero no

quiere tomarse la justicia por su mano.

— ¡Ay, mismo será entregado, junto con este horrible viejo asesino señalando al falso alba convencionalmente apretado por uno de los antiguos secuaces de Paulovitch, al asesino más cercano, y no había justicia en la tierra si antes no acababan su criminal existencia en la barra.

— En cuanto a usted, amigos míos... añadió dirigiéndose a Sozia y Olga..., ya están libres de sus verdugos y han recobrado lo que se merecen... ¡Que sean felices! Yo, cumplida mi misión, no tengo nada que hacer aquí.

— ¡Se acerca, señor! — intervino tílax con l... ojos suplicantes, arrastrados de lágrimas... ¡Usted tiene que compartir nuestra ventura y nuestra ruina!

Y era tan generadora y amante la mirada de aquellos dos ojos que de mujer, que Carlos Mateos sintióse prisionero de su dulzura y su ternura.

— ¡Y prosiguen continuat

FIN

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

## EL REY DE LOS JINETES

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

---

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Lavater, 108 - BARCELONA

---

Todas las ediciones de esta

Edición 1. 222. - Barcelona